Padre Nuestro
Francisco Cándido Xavier
Por el espíritu Meimei

Blanco

2

3

Meimei

Su nombre de bautismo, aquí en la tierra, fue Irma Castro. Nació el 22 de Octubre de 1922, en Mateus Leme (Minas Gerais). A los 2 años de edad su familia se trasladó para Itaúna (Minas Gerais). Sus padres fueron: Adolfo Castro y Mariana Castro. Tuvo cuatro hermanos: Ruth, Carmen, Alaide y Danilo. A los 5 años quedó huérfana de padre.

Meimei fue, desde pequeña, diferente de todos por su belleza física e inteligencia poco común. Era alegre, comunicativa, jovial, espontánea.

La convivencia con ella, en familia, fue para todos una dávida del cielo. Cursó con facilidad la primaria, matriculándose, después, en la Escuela Normal de Itaúna; sin embargo, la molestia que siempre la perseguía desde pequeña - nefritis - se manifestó una vez más cuando cursaba con brillantez el 2o. año del Normal. Siendo la primera alumna de la clase, tuvo que abandonar los estudios. Pero, muy inteligente y ávida de conocimientos, fue refinando su cultura a través de la buena lectura, fuente de perfeccionamiento de su espíritu. Donde quiera que apareciese era el blanco de la admiración de todos.

Irradiaba belleza y encanto atrayendo la atención de quien la conociese. Ella, no obstante, modesta, no se enorgullecía de los dotes que Dios le diera. Profundamente caritativa, se aproximaba a los humildes con la limosna que podía ofrecer o con una palabra de cariño y estímulo. Pura, en su modo simple de ser y proceder no era dada a las conquistas propias de su edad, a pesar de ser extremadamente bella.

Algún tiempo después, se transfirió para Belo Horizonte, en compañia de una de sus hermanas, Alaide, a fin de buscar trabajo. Estaba en su período bueno de salud, pues la molestia de que era portadora, iba y venía, dándole a veces, la esperanza de que se había curado. Fue en esa época que conoció a Arnaldo Rocha con quien se casó a los 22 años de edad. Vivieron un lindo sueño de amor que duró 2 años apenas, cuando enfermó nuevamente. Estuvo acostada tres meses, víctima de la pertinaz dolencia - nefritis crónica. A pesar de todos los esfuerzos y desvelos del esposo, rodeada de médicos, vino a fallecer el día 1o. de Octubre de 1946, en Belo Horizonte.

Poco tiempo después, su espíritu ya esclarecido comenzó a manifestarse a través de mensajes psicografiados por Francisco Cándido Xavier, y prosigue en esa linda misión de esclarecimiento y consuelo, en páginas organizadas en varias obras mediúmnicas, que se han esparcido por todo Brasil y hasta más allá de nuestras fronteras.

Su nombre "Meimei", ahora tan venerado como un "Espíritu de Luz", le fue dado en vida, cariñosamente, por su esposo, Arnaldo Rocha.

Ruth de Castro Mattos
Profesora
Belo Horizonte - 10 de mayo de 1981

Meimei - Expresión china que significa "amor puro".

Chico Xavier

Chico Xavier, quien fuera el más importante médium espírita de la actualidad, nos deja un legado extraordinario de paz, bondad y amor al prójimo. Eso quedó marcado en las acciones que realizaba día a día en su vida. Chico Xavier supo cumplir brillantemente la misión que le fuera encomendada por Dios, de llevar bienestar, solidaridad y esperanza a millones de personas. Gracias Chico Xavier, por haberte cruzado en nuestro camino.

Francisco Cándido Xavier nació en la ciudad minera de Pedro Leopoldo, el 2 de abril de 1910; en 1959 se trasladó a Uberaba, ciudad que adoptó para vivir hasta su último minuto de vida.

Un dislocamiento del cristalino y el estrabismo de nacimiento, lo obligaron a usar anteojos gruesos e hicieron que él buscase la ayuda de los espíritus. Escuchó de Emmanuel una lección que jamás olvidó: "Nunca nos busque para resolver sus problemas particulares y cuide su cuerpo".

Tarea difícil para quien pasó gran parte de su vida durmiendo apenas tres horas por noche, pues trabajaba en el Ministerio de Agricultura como dactilógrafo, para satisfacer sus necesidades materiales; y luego atendía al mayor número de personas a quienes daba consuelo y esperanza, y a su vez, tuvo tiempo para psicografíar los 412 libros que publicó.

Su primer libro psicografiado fue: "Parnaso De Alem Túmulo", obra que compila 259 poesías, dictadas por 56 poetas, entre ellos: Arthur Azevedo, Olavo Bilac, Castro Alves, Augusto dos Anjos y Alphonsus Guimaraes.

Con esta obra, Chico Xavier ganó notoriedad. Algunos intelectuales se esforzaron en comprender cómo el estilo de cada escritor había sido respetado por el médium, y luego de mucho análisis se desechó la posibilidad de fraude o charlatanería.

En 1935, Chico Xavier comenzó a psicografíar textos de Humberto de Campos, quien había fallecido en diciembre de 1934.

También en 1935, salió la segunda edición de "Parnaso de Alem Túmulo" con escritos que llevaron casi a triplicar su tamaño; fueron incluidos poemas psicografiados del propio Humberto de Campos.

Aún en 1935, el diario "O Globo" publica una serie de reportajes acerca del médium, lo que hizo que la fama de Chico Xavier sobrepasara las fronteras de Minas Gerais y comenzaran a venir personas de varias partes del Brasil, llevando verdaderas multitudes a la ciudad de Pedro Leopoldo.

Emmanuel, guía espiritual de Chico, lo acompañó por décadas. Emmanuel es un espíritu que ya estuvo encarnado como el senador romano Publius Lentulus, muerto en Pompeya, y después como el esclavo Nestório, también romano. Su última encarnación había sido el padre Manoel Da Nóbrega, según Chico.

La admiración por el trabajo de Chico Xavier le hizo acreedor de títulos como: "Ciudadano honorario" en las ciudades de San José de Rio Negro, Sao Bernardo do Campo Franca, Campinas, Santos, Catanduva, en San Pablo; Uberlandia, Araguari y Belo Horizonte y Uberaba (el título fue recibido el 26 de junio de 1969) en Minas Gerais; Campos, en el Estado de Río de Janeiro.

En el año 2000, una encuesta realizada por la Red Globo de Televisión, el 17 de noviembre, reveló la gran admiración que siente la comunidad por Francisco Cándico Xavier. Entre varias personalidades, como: Santos Dumont, Pelé, Juscelino Kubischeck y otros, fue elegido el "Minero del Siglo".

Finalmente, desencarna el 30 de junio del 2002, a los 92 años. Durante su velatorio asistieron más de 200.000 personas, y el día del entierro, 30.000 personas acompañaron el cortejo fúnebre hasta el Cementerio San Juan Bautista de Uberaba (Minas Gerais-Brasil). El ambiente fue muy emotivo. Representantes de diversas religiones rindieron homenaje al Médium.

Chico Xavier demostró que puede ser vivido el Evangelio de Jesús.

TITULO ORIGINAL
Pai Nosso.

AUTOR
Psicografía:
Francisco Cándido Xavier por el espíritu Meimei.

TRADUCCIÓN
Ana de Jesús Ríos de González.
Alipio González.

CORRECCIÓN
Miriam Correa de Báez.

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN y ARMADO
Raquel Ambrasath.

ILUSTRACIÓN
Enrique Olmedo.

Derechos de autor reservados. Se prohibe la reproducción total o parcial, de cualquier forma o por cualquier medio, salvo con autorización de los editores. Al reproducir éste o cualquier otro libro mediante el sistema de fotocopiado o cualquier otro medio, usted estará perjudicando a los editores, al autor y a usted mismo. Si usted no cuenta con recursos para adquirir la obra, hay otras alternativas. Infórmese; será preferible a asumir una deuda moral.

MOVIMIENTO ESPIRITA PARAGUAYO

Impreso en Paraguay
Mercosur
MMIV

Padre Nuestro

Con votos de
paz y amor...

Chico Xavier

Índice

Prólogo. 13

Capítulo 1
Padre Nuestro, que estás en los cielos. 14

Capítulo 2
Santificado sea tu nombre. 30

Capítulo 3
Venga a nosotros tu reino. 46

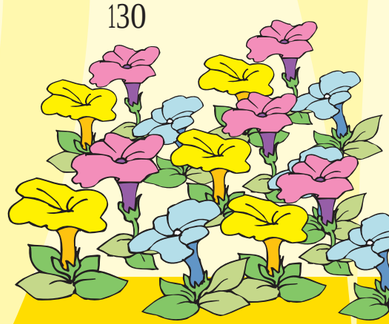
Capítulo 4
Hágase tu voluntad, así en la tierra
como en el cielo. 64

Capítulo 5
Danos hoy nuestro pan de cada día. 80

Capítulo 6
Perdona nuestras ofensas, así como nosotros
perdonamos a los que nos ofenden. 98

Capítulo 7
No nos dejes caer en tentación. 114

Capítulo 8
Líbranos del mal, porque tuyo es el reino,
el poder y la gloria para siempre. Así sea. 130



Prólogo

En el libro de Meimei

Meimei no es solamente una valerosa misionera del bien y de la luz, en nuestro círculo de acción, sino también es una devota orientadora de niños que se desvela, en el mundo espiritual, por la evolución de la mente infantil a la claridad del Evangelio Redentor.

Tomó la oración dominical, colocando la sensibilidad al servicio de la inteligencia, en su hermoso ideal de servir y, con ella, compuso el delicado poema de comentarios y cuentos, leyendas y observaciones que se presentan en este material, recordando siempre las inolvidables lecciones de nuestro Divino Maestro.

Para todas las situaciones difíciles y para todos los problemas de la lucha humana encontró en la oración del Señor una enseñanza y una solución, una guía y una bendición, ofreciéndolas a los niños y a las niñas en estas páginas, que constituyen fragmentos luminosos de su corazón en forma de letras.

Nuestros deseos son que Dios multiplique sus energías en la plantación del bien y que de su bendita maternidad espiritual se irradien rayos de amor con crecientes fulguraciones, en todas partes, en favor de los pequeñitos y pequeñitas.

Emmanuel

Padre Nuestro, que estás en los cielos

Cuando Jesús comenzó la oración dominical, satisfaciendo el pedido de los compañeros que deseaban aprender a orar, inició la rogativa diciendo:

- Padre Nuestro, que estás en los cielos...

El Maestro quería decirnos que Dios, por encima de todo, es nuestro Padre. Creador de los hombres, de las estrellas y de las flores. Señor de los cielos y de la tierra.

Para Él, todos somos hijos benditos.
Con esta afirmación, Jesús nos explicó que en el mundo somos una sola familia, que todos somos hermanos, con el deber de ayudarnos los unos a los otros.
Él mismo, con el fin de instruirnos, vivió la fraternidad pura, auxiliando a los hombres felices e infelices, a los necesitados y dolientes, mostrándonos el verdadero camino de la perfección y de la paz.
En la condición de aprendices de nuestro Divino Maestro, debemos siempre seguir su ejemplo.

Si sentimos a Dios como nuestro Padre, reconoceremos que nuestros hermanos se encuentran en todas partes y que estaremos dispuestos a ayudarlos, a fin de ser ayudados, ya sea más tarde o más temprano. La vida en la tierra será realmente bella y gloriosa cuando podamos aceptar como nuestra gran familia a la humanidad entera.

Existencia de Dios

Se cuenta que un viejo árabe, analfabeto, oraba cada noche, con tanto fervor y con tanto cariño, que cierta vez, el rico jefe de la gran caravana lo llamó a su presencia y le preguntó:

- ¿Por qué oras con tanta fe? ¿Cómo sabes que Dios existe, cuando ni siquiera sabes leer?

El fiel creyente respondió:

- Gran señor, conozco la existencia de nuestro Padre Celestial por las señales de Él.

- ¿Cómo así? - indagó el jefe admirado.

El humilde siervo explicó:

- Cuando el señor recibe correspondencia de una persona ausente, ¿cómo reconoce quién le escribió?

- Por la letra.

- Cuando el señor recibe una joya, ¿Cómo sabe quién es su autor?

- Por la marca del orfebre.

El empleado sonrió y continuó:

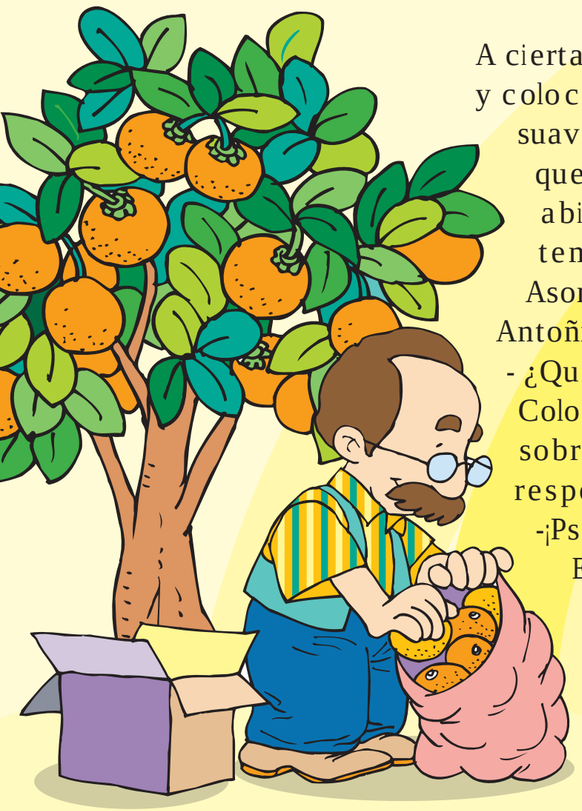
- Cuando oye pasos de animales alrededor de la tienda, ¿cómo sabe, después, si fue un carnero, un caballo o un buey?

- Por los rastros - respondió el jefe, sorprendido.

Entonces, el viejo creyente lo invitó a salir de la barraca y, mostrándole el cielo donde la luna brillaba, rodeada por una multitud de estrellas, respetuosamente exclamó:
- ¡Señor, aquellas señales, allá en lo alto, no pueden ser de los hombres!
En ese momento, el orgulloso caravanero, con los ojos llenos de lágrimas, se arrodilló en la arena y comenzó también a orar.

Presencia Divina

Un hombre, ignorante aún de las Leyes de Dios, caminaba a lo largo de un enorme pomar, acompañado por su sobrino, un pequeño de seis años, llamado Antoñito.
El niño y su tío daban un paseo por la vecindad de la casa donde vivían.
Contemplaban, fascinados, las naranjas maduras, y respiraban el aire leve y puro de la mañana.



A cierta altura del camino, el señor se detuvo y colocó una bolsa sobre el pasto verde y suave, la cual comenzó a llenar con frutos que estaban en unas grandes cajas abiertas; al mismo tiempo que miraba temerosamente en todas direcciones.

Asombrado y preocupado por lo que veía, Antoñito se dirigió a él y le preguntó:

- ¿Qué hace ti... tío?

Colocando el índice de la mano derecha sobre sus labios entreabiertos, el señor respondió:

-¡Psiu!... ¡Psiu!...

Enseguida, agregó en voz baja:

- Aprovechemos ahora, mientras nadie nos ve, y guardemos algunas naranjas, a escondidas.

Entretanto, el niño, sorprendido por lo que escuchó, apuntó con uno de sus pequeños dedos hacia el cielo y exclamó:

- ¿Pero, tú no sabes que Dios nos está viendo?

Muy sorprendido, el tío palideció y volvió a colocar los frutos en la caja de donde los había sacado, murmurando:

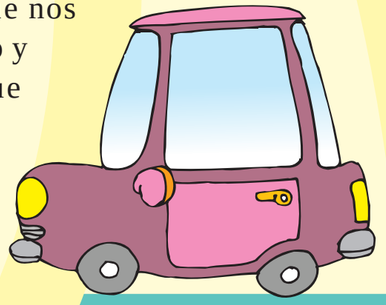
- Gracias Dios mío, por haber despertado mi conciencia por medio de los labios de un niño.

Y, desde ese momento, el tío de Antoñito pasó a ser realmente otro hombre.

Padre Nuestro

Cuando despertamos a la razón, descubrimos en cada cosa los trazos vivos de la Bondad de Dios.
Su inmenso cariño para con nosotros está en el Sol que nos calienta, dando sustento y alegría a todos los seres y a todas las cosas; en las nubes, que hacen la lluvia para el gozo de la naturaleza; en las aguas de las fuentes y de los ríos que corren para el beneficio de las ciudades, de los campos y de los rebaños; en el pan que nos alimenta; en la suavidad del viento que refresca;

en la bondad de los árboles que nos extienden sus gajos dadivosos, en forma de brazos llenos de bendiciones; en la flor, que esparce su perfume en la atmósfera; en la ternura y la seguridad de nuestro hogar; en la asistencia de nuestros padres, de nuestros hermanos y de nuestros amigos, que nos ayudan a vencer las dificultades del mundo y de la vida; y en la providencia silenciosa, que nos garantiza la conservación de la salud y de la paz espiritual.



Muchos hombres de ciencia pretenden definir lo que significa Dios para nosotros, mas, cuando reparamos en la protección del Todopoderoso, concedida en nuestros caminos y en nuestros trabajos en la tierra, en todos los instantes de nuestra vida, reconocemos que el más bello nombre que podemos dar al Supremo Señor es justamente aquel que Jesús nos enseñó en su divina oración: "Padre Nuestro".

Pensamientos

- Dios es nuestro Padre.
- Somos hermanos, los unos de los otros.
- Jesús es el Divino Maestro que Dios nos envió.
- La oración es el medio inmediato de nuestra comunión con el Padre Celestial.
- Nuestros mejores pensamientos proceden de la inspiración de lo Alto.
- La presencia de Dios puede ser fácilmente observada en la bondad permanente y en la inteligencia silenciosa de la naturaleza que nos rodea.
- Debemos amarnos los unos a los otros.
- La voz divina puede ser reconocida en los buenos consejos.
- Siempre que ayudemos, seremos ayudados.

En nuestra tierna madrecita, llena de mucho amor, sentimos que Dios nos habla en el fondo del corazón.

Santificado sea tu nombre

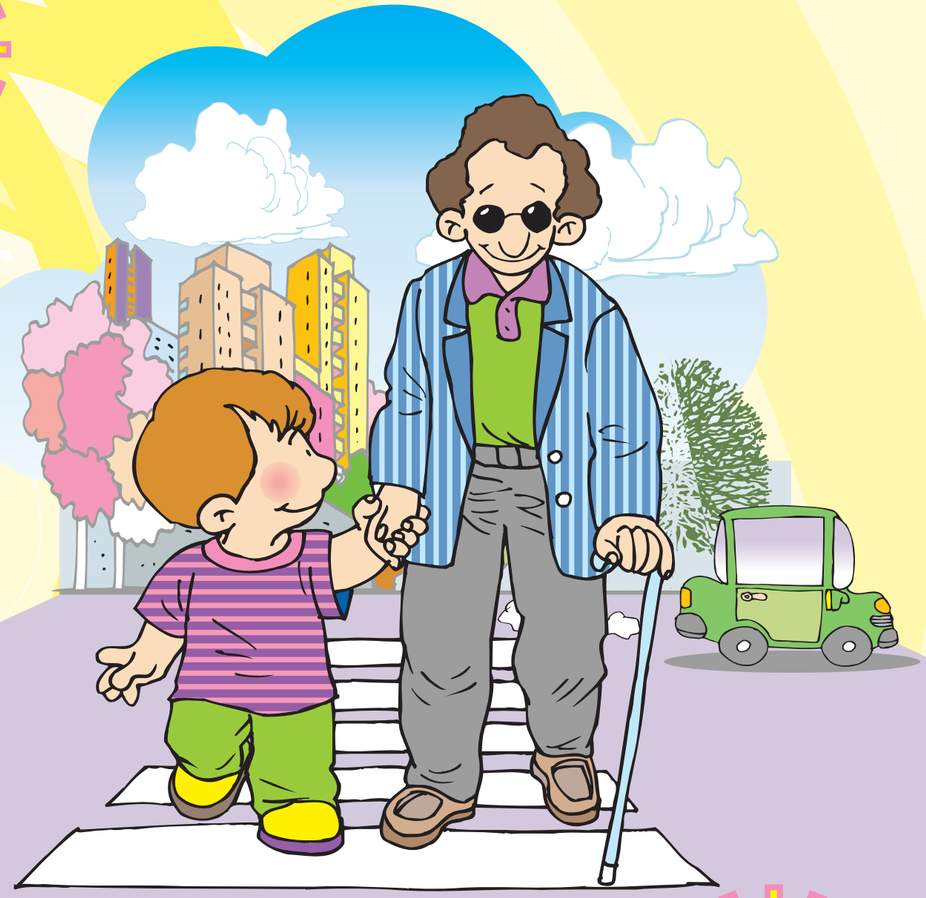
El apostolado de Jesús fue una constante santificación del nombre de Dios.

Por eso, el Maestro no se limitó a decir "Santificado sea tu nombre", en la oración dominical. Procuró Él mismo alabar al Padre Celestial, distribuyendo la alegría y la paz para todos.

Si Él quisiese, podría haber permanecido aislado en algún lugar de su predilección, y vivir con sus pensamientos sublimes, glorificando al Todopoderoso con sus meditaciones y con sus oraciones; pero el Benefactor Divino sabía que la más elevada manera de santificar la Eterna Bondad es auxiliar a los otros, para que así también ellos comprendan que Nuestro Padre del Cielo vive interesado en nuestra elevación y en nuestra felicidad.

Entendiéndolo así, Jesús amparó a los ancianos y a los niños, a los necesitados y a los enfermos, a los débiles y sufridores, amando y ayudando siempre.
Santificando sus relaciones con Dios, esparció la esperanza y la caridad en la tierra, enriqueciendo a los hombres de fraternidad y alegría.

Todo lo que tenemos, lo que vemos, lo que recibimos y sentimos pertenece a Dios, Nuestro Padre, quien todo lo engrandece y perfecciona en beneficio nuestro.
Por esta razón, debemos recordar siempre que estamos santificando el nombre de Dios al realizar cada cosa lo mejor que podemos.



Glorificando el Santo Nombre

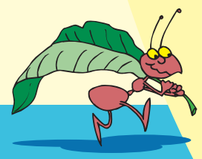
El profesor contó, en el aula, que en el principio de la vida en la tierra, cuando los minerales, las plantas y los animales supieron que era necesario santificar el nombre de Dios, hubo, de parte de casi todos, un gran movimiento de atención.
Ciertas piedras comenzaron a producir diamantes, y otras, oro y preciosas gemas.
Los árboles más nobles comenzaron a dar frutos.
El algodonero inventó hilos blancos para la vestimenta del hombre.
La rosaleda se cubrió de flores.
La grama, como no conseguía crecer, se arrastró por el suelo y embelleció la tierra.

La vaca pasó a suministrar leche.
La gallina, para la alegría de todos, comenzó a ofrecernos huevos.
El carnero inició la creación de la lana.
La abeja pasó a hacer miel.
Y hasta el gusano de seda, que parece tan feo, para santificar el nombre de Dios fabricó lindos hilos, con los cuales tenemos uno de los más valiosos tejidos que el mundo conoce.
En ese punto de la lección, cuando el instructor hizo una pausa, Pedrito preguntó:
- Profesor ¿y qué hacen los hombres para eso?
El orientador de la escuela pensó un poco y respondió:

- No todos los hombres aprenden rápidamente las lecciones de la vida, mas aquellos que buscan la verdad saben que nuestra inteligencia debe glorificar la Eterna Sabiduría, cultivando el bien y huyendo del mal. Las personas que se consagran a las tareas de fraternidad, comprendiendo a sus semejantes y auxiliando a todos, son almas despiertas para la luz, que alaban realmente el nombre de nuestro Padre Celestial.

Y concluyendo afirmó:

- El Señor desea la felicidad de todos y, por eso, todos aquellos que colaboran en el bienestar de los demás son los que santifican en la Tierra a su Divina Bondad.



Cánticos de Alabanza

Cuando la vida comenzaba en el mundo, los pájaros sufrían bastante. Sabían volar y se posaban en los árboles, mas ¿cómo habrían de criar a sus hijitos? Eso les era muy difícil. Obligados a dejar los huevos en el suelo, casi siempre se veían perseguidos y humillados.

La lluvia los resfriaba y los grandes animales, pisando los huevos, los quebraban sin compasión.

¿Y las cobras? Esas, rastreaban por el suelo para devorarlos, en presencia de los propios padres, quienes permanecían aterrados y trémulos.

Se cuenta que, por tal motivo, las aves se reunieron y rogaron al Padre Celestial les diese el socorro necesario.

Dios las oyó y les envió un ángel encargado de orientarlas en la construcción del nido.

Los pájaros no disponían de manos; entretanto, el mensajero los inspiró a usar los piquitos y, mostrándoles los brazos amigos de los árboles, les enseñó a transportar pequeñitas migajas de la floresta, así les ayudó a preparar sus nidos en las ramas de los árboles.

Los hijitos comenzaron a nacer con tranquilidad, y, cuando las tempestades aparecieron, hubo seguridad general.

Reconociendo que el Padre Celestial había respondido a sus oraciones, las aves combinaron entre sí cantar todos los días, en alabanza al Santo Nombre de Dios.

Por esa razón, hay pajaritos que se hacen oír por la mañana; otros, durante el día; y otros, aun, en el transcurso de la noche.

Cuando encontremos un ave cantando, recordemos pues, que de su corazoncito, cubierto de penas, está saliendo el eterno agradecimiento que Dios está oyendo en los cielos.

Alabado sea Dios

El viejo André era un esclavo resignado y sufrido.
Cierto día, él supo que Jesús nos enseñó a santificar el nombre de Dios, entonces, se prometió a sí mismo jamás practicar el mal.
Si el capataz de la hacienda lo perseguía, André lo perdonaba y de todo corazón decía: - ¡Alabado sea Dios!
Si algún compañero lo tentaba a huir de las obligaciones de cada día, considerando las injusticias que los rodeaban, él decía contar con la Bondad Divina, indicaba al cielo y repetía: - ¡Alabado sea Dios!
Cuando vino la liberación de los cautivos, el dueño de la hacienda lo llamó y le dijo que la pobreza y la enfermedad le tocaban a la puerta y le pidió que no lo abandonase.

Cierta noche, muy solito, con sed y fiebre, notó que alguien entraba a su choza de paja. ¿Quién será? - se preguntó.

En ese instante, ya un ángel se erguía frente a él. Tímido y afligido, quiso hablar, decir alguna cosa, pero no pudo. El ángel, entretanto, sonriendo lo abrazó y exclamó:

- André, el nombre de Nuestro Padre Celestial fue exaltado por tu corazón y vine a buscarte para que tu voz pueda alabarlo ahora en el cielo.

Al día siguiente, se encontró en la choza el cuerpo del anciano esclavo, mas sobre el techo rústico de la casa los pajaritos se posaban y cantaban alegres.

Mucha gente afirmó que esas aves parecían repetir:

- ¡Alabado sea Dios!

Recuerdos

- El mundo en que vivimos es propiedad de Dios.
- Debemos agradecer las bendiciones de Nuestro Padre Celestial, todos los días.
  El corazón agradecido al Señor esparce la bondad y la alegría en su nombre.
- Jesús rendía gracias a Dios, auxiliando al prójimo.
- La naturaleza diariamente glorifica la Bondad Divina, en la luz del sol, en la suavidad del viento, en el canto de las aves y en el perfume de las flores.
- Quien ayuda a los animales y cuida de las plantas, demuestra respeto y cariño a la Creación de Nuestro Padre Celestial.
- Debo ser bueno con todos, porque Dios ha sido infinitamente bueno para conmigo, en todas las ocasiones.
- Quien trabaja con alegría muestra reconocimiento al Cielo.
- Cooperando de buena voluntad con los otros, estaremos sirviendo a Dios.

En el canto de las aves,
en el campo, en el mar, en la flor,
la vida está repitiendo:
- ¡Alabado sea el Señor! ...

Venga a nosotros
tu reino

“Venga a nosotros tu reino...” - así rogó Jesús al Padre Celestial, sabiendo que sólo el Plan de Dios puede concedernos la verdadera felicidad. Mas, el Maestro no se limitó a pedir; él trabajó y se esforzó para que el Reino del Cielo encontrase las bases necesarias en la tierra. Esparció, con sus propias manos, bendiciones de paz y de alegría, a fin de que los hombres se hiciesen mejores.

Una locomotora no corre sin los rieles adecuados.
Un automóvil no avanza sin la calle apropiada...

Un plato bien hecho necesita ser preparado con todos los condimentos necesarios.
Así también, el auxilio celeste reclama nuestro esfuerzo.
Es siempre indispensable purificar nuestro sentimiento para recibirlo y difundirlo.
Si nosotros no tenemos bondad, no podemos sentir la bondad de Dios o entender la bondad de nuestros semejantes.
Cuando es de noche y reclamamos: - "venga a nosotros la luz", es necesario que ofrezcamos la lámpara o la candela, para que esa luz resplandezca entre nosotros.

Si rogamos que la Gracia Divina nos ilumine, preparemos nuestro sentimiento para entenderla y manifestarla, a fin de que la felicidad y la armonía vivan con nosotros.
Jesús trabajó por la venida de la Gloria del Cielo al mundo, auxiliando a todos y ayudándonos hasta la Cruz del sacrificio, dándonos a entender así que el Reino de Dios es amor y sólo por el amor brillará entre los hombres para siempre.

La lección de la Bondad

Cuando Jesús entró victoriosamente a Jerusalén, montado en un borrico, el pueblo, alborozado, venía a verlo y a saludarlo en la plaza pública.
Muchos suponían que el Maestro sería un dominador, igual que los otros y gritaban:
- ¡Gloria al Rey de Israel!...
- ¡Abajo los romanos!...
- ¡Hosanna al vencedor!...

- ¡Viva el Hijo de David!... ¡Viva el Rey de los Judíos!...
Y alfombraban las calles con flores.
Rosas y lirios, palmas coloridas y hojas aromáticas cubrían el suelo por donde el Salvador pasaría.
Con todo, el Maestro, sobre el animalito cansado, parecía triste y pensativo. Tal vez, reflexionaba que la alegría ruidosa del pueblo no era el tipo de felicidad que Él deseaba. Quería ver al pueblo contento, sin odios y sin revueltas, inspirado por el bien que ayuda a la conservación de las bendiciones divinas.
El glorificado jinete iba así, en silencio, cuando una hermosa joven se destacó entre la multitud, se acercó a Él y le entregó un gran ramo de rosas exclamando:
- Señor, te ofrezco estas flores para el Reino de Dios.

Cristo fijó sus ojos llenos de luz en la joven y preguntó:
- ¿Quieres realmente servir al Reino del Cielo?
- ¡Oh! sí... - dijo la muchacha, feliz.
- Entonces, - dijo el Maestro - ayúdame a proteger al borrico que me sirve, trayéndole un poco de heno y agua fresca.
La joven atendió con prontitud y comenzó a comprender que, en la edificación del Reino Divino, Jesús espera de nosotros, por encima de todo, la bondad sincera y fiel de nuestro corazón.

Algo más

Un creyente confiado en la bondad del cielo, deseando aprender cómo colaborar en la construcción del Reino de Dios pidió, cierto día, al Señor la gracia para comprender los propósitos divinos y salió hacia el campo.
Inicialmente, se encontró con el Viento que cantaba, quien le dijo:
- Dios mandó que yo ayudase a los sembrados y barriese los caminos, pero me gusta también cantar, arrullando a los enfermos y a los niñitos.

Enseguida, el devoto encontró una Flor que inundaba el aire de perfume, y la Flor le comentó:

- Mi misión es preparar el fruto; entretanto, produzco también el aroma que perfuma aun en los lugares más impuros.

Inmediatamente después, el hombre se detuvo al pie de un gran Árbol, el cual protegía un pozo de agua, lleno de ranas, y el Árbol le habló:

- El Señor me confió la tarea de auxiliar al hombre, en todo; igualmente, debo amparar también a las fuentes, a las aves y a los otros animales.

El visitante miró a los feos batracios e hizo un gesto de repulsión, mas el Árbol continuó:

- Estas ranas son buenas amigas. Hoy puedo ayudarlas y luego seré ayudado por ellas, en la defensa de mis propias raíces, contra los gusanos de la destrucción y de la muerte.

El devoto comprendió la enseñanza y siguió adelante, llegando hasta una gran alfarería. Acarició el Barro que estaba sobre la mesa y el Barro le dijo:

- Mi trabajo es el de garantizar el suelo firme, obedezco al alfarero y ayudo en la residencia del hombre, dando forma a ladrillos, tejas, vasijas y otros.

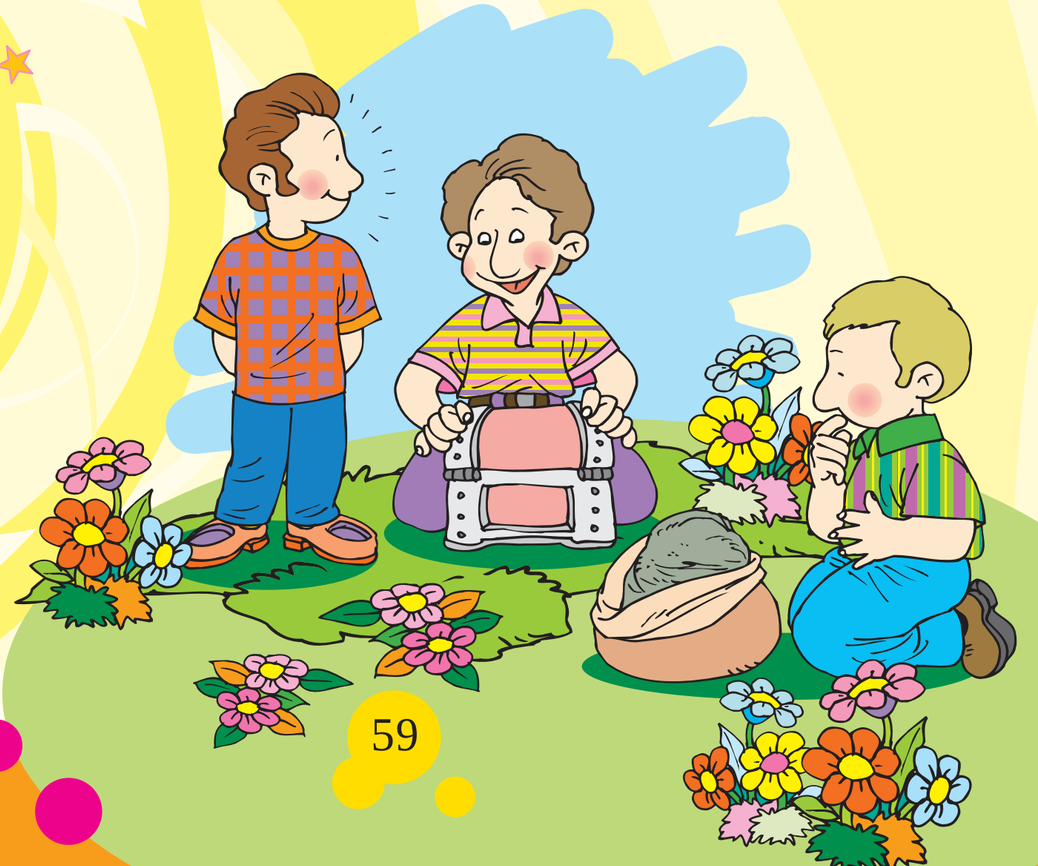
Entonces, el devoto regresó a su hogar y comprendió que para servir en la edificación del Reino de Dios es preciso ayudar siempre a los otros, y realizar, cada día, algo más de lo que sea justo hacer.

Fe y Perseverancia

Tres muchachos querían encontrar al Señor, con el fin de hacerle llegar sus ruegos.
Cierto día, luego de muchas oraciones, en el campo en el que trabajaban, les apareció el carro del Señor, guiado por los ángeles.
Radiante de luz, el Divino Amigo descendió del carruaje y se dispuso a escucharlos.
Los tres se arrodillaron con lágrimas de júbilo, el primero imploró a Jesús el favor de la riqueza. El Maestro, bondadoso, determinó que uno de los ángeles le entregase un enorme tesoro en monedas.

El segundo, suplicó la belleza perfecta y el Benefactor Celeste mandó que uno de los servidores le diese un milagroso ungüento a fin de que la hermosura le brillase en el rostro.
El tercero, exclamó con fe:
- Señor, yo no sé escoger... Dame lo que fuere justo, según tu voluntad.

El Maestro sonrió y recomendó a uno de sus ángeles que le entregara una gran bolsa.
Enseguida, los bendijo y partió...
El joven que recibió la bolsa la abrió ansioso, mas, ¡oh! ¡desencanto!... Ella contenía simplemente una enorme piedra.

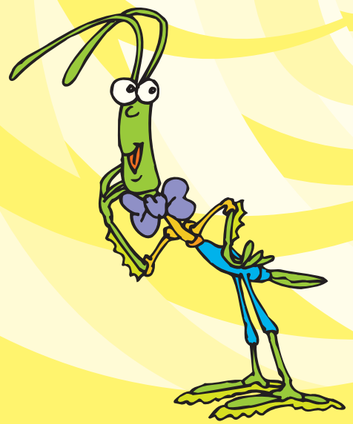


Los compañeros se rieron de él, pues lo suponían burlado, mas el joven afirmó su fe en el Señor, llevó consigo la piedra y comenzó a desbastarla, con mucho esfuerzo.
Después de algún tiempo, llegó al corazón del bloque endurecido y encontró allí un soberbio diamante.
Con él adquirió gran fortuna y con la fortuna construyó una casa donde los enfermos pudiesen encontrar refugio y alivio, en nombre del Señor.

Vivía feliz, cuidando de su trabajo, cuando un día, dos enfermos tocaron a su puerta.
Enseguida los reconoció. Eran los antiguos colegas de oración que se habían engañado con el oro y con la belleza, adquiriendo apenas enfermedad y cansancio, miseria y desilusión.
Se abrazaron y lloraron de alegría por el reencuentro.
En ese instante, el Divino Maestro apareció entre ellos y habló:
- Bienaventurados todos aquellos que saben aprovechar las piedras de la vida, porque la fe y la perseverancia en el bien son las dos grandes bases del Reino de Dios.

Una Carta Materna

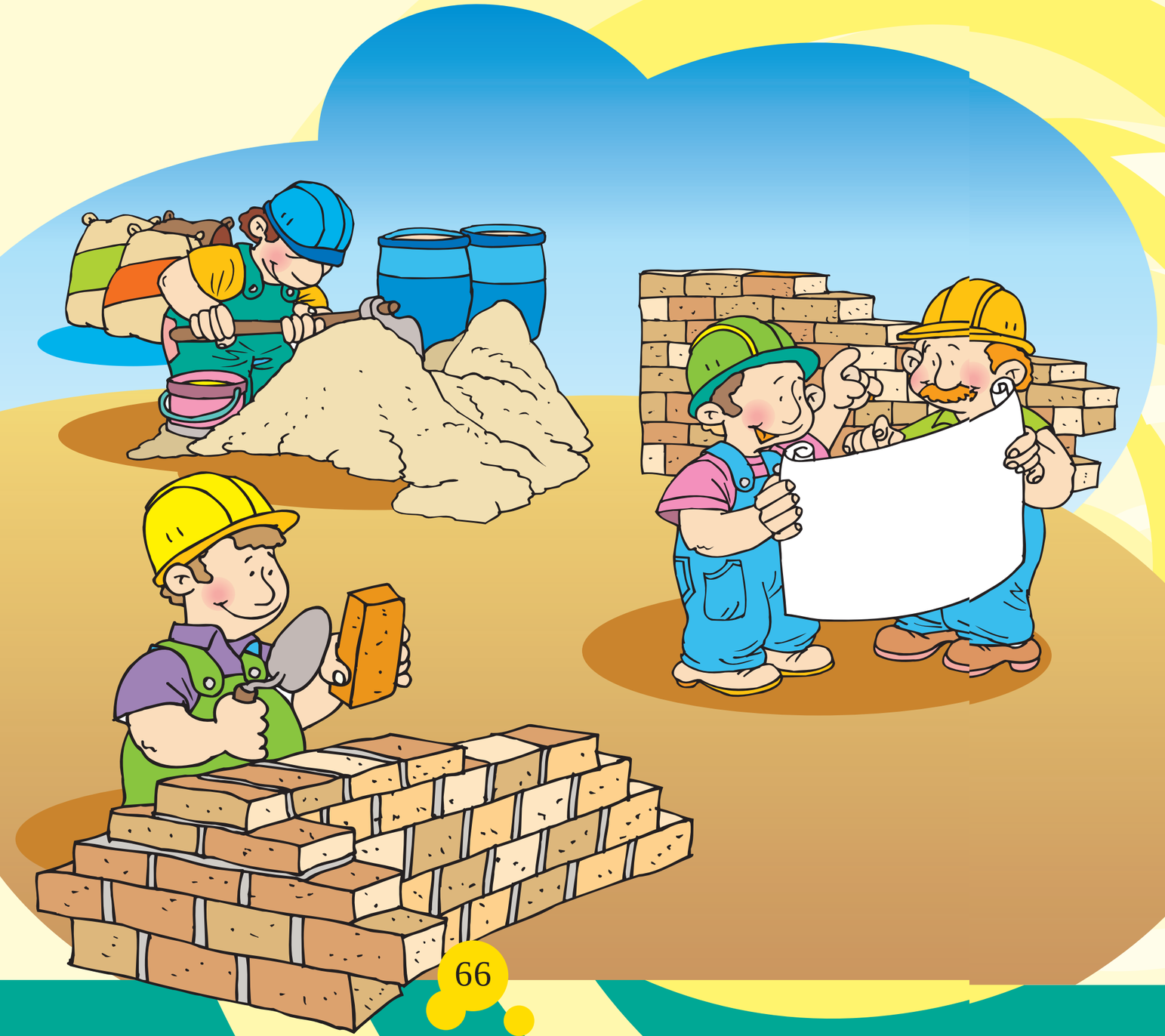
Mi hijo, si buscas la bendición de la felicidad, no te olvides de que el Reino del Cielo comienza en nuestro propio corazón y que el primer lugar donde debemos trabajar por él es en la misma casa donde vivimos.
La alegría verdadera no siempre es de aquellos que dominan, y nunca se aparta de las almas generosas que aprenden a esparcir el bien.
Si quieres que la tranquilidad te acompañe, busca ser útil.
¿Por qué huyes de tu padre, cuando, cansado y abatido, muestra una fisonomía preocupada? ¿Por qué te apartas de tu madrecita, cuando observas el rocío de las lágrimas en sus ojos? Aproxímate a ellos y hazles sentir que tienes un corazón comprensivo y amoroso.
Un hilo de agua transforma el desierto en oasis.
Un gesto de cariño opera milagros.



¡Cuánta gente espera construir el Reino de Dios, encendiendo hogueras de entusiasmo en la plaza pública y olvidando en el frío de la indiferencia aquellos que el Cielo les confió!...
Guarda la paz contigo, a fin de que la puedas distribuir.
Entre las paredes del hogar, Dios situó nuestra primera escuela.
Si no sabemos ejercer la tolerancia y la bondad con cinco o diez personas, que están esperando por nuestro entendimiento y por nuestro auxilio, en vano enseñaremos el camino del bienestar para los otros.
El primer escalón del Paraíso se llama gentileza.
Aprende a ayudar para que otros te ayuden y, donde estuvieres, serás siempre un valeroso trabajador en la edificación del Reino Divino.

Observación:
Toda bondad, simple, sincera, noble y leal, ayuda en la construcción del Reino Celestial.

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo



Para la construcción de una casa sólida y confortable, existe siempre un plano hecho por un arquitecto, el cual debe ser obedecido.

Los trabajadores precisan consultar las líneas demarcadas para no ir más allá de sus funciones y cometer errores que podrían perjudicar a la obra.

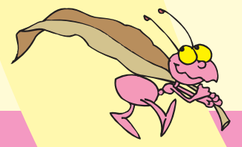
El carpintero no deberá molestar al pintor y el pintor deberá respetar al vidriero.

Así también, en los servicios de elevación espiritual del hombre y del mundo, es necesario conocer la Voluntad del Señor para que los Designios Divinos sean debidamente ejecutados.
Sabemos que el bien para todos es el proyecto de la Eterna Sabiduría para las criaturas y, por eso mismo, si nos sentimos trabajadores educados para la justa prestación de servicio, es indispensable que sepamos cumplir con nuestra parte, en la culminación del Proyecto Divino, sin perturbar a nuestros hermanos.

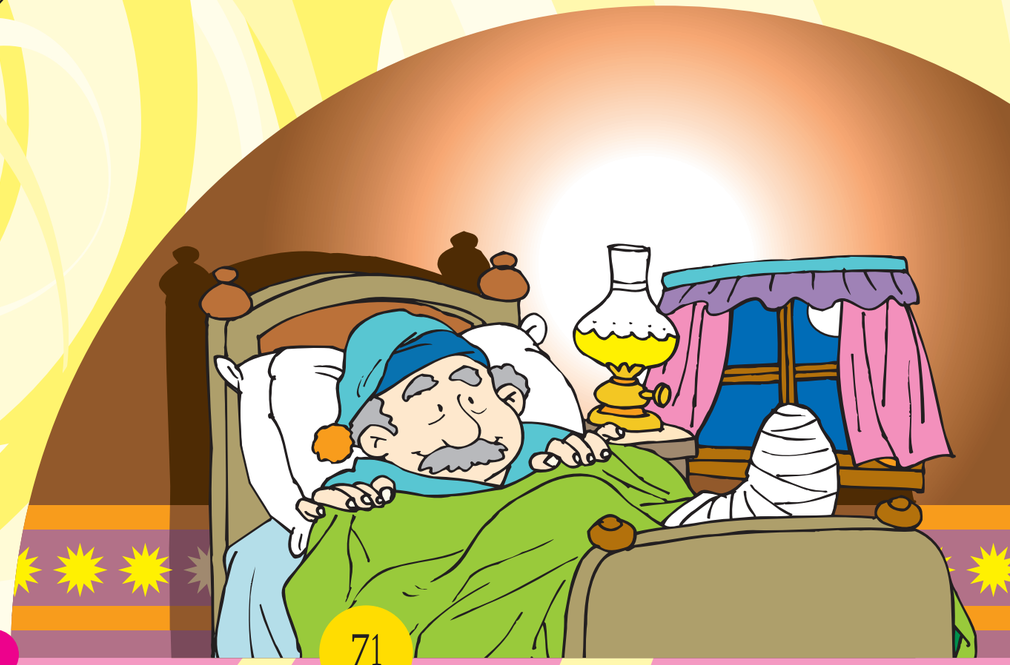
Estemos convencidos de que si cada uno de nosotros cumple con la obligación que le compete, en el plano del Eterno Bien, ofreciendo cada día lo mejor que podamos, estaremos indiscutiblemente atendiendo a las determinaciones de Nuestro Padre Celestial.

El servicio de la perfección

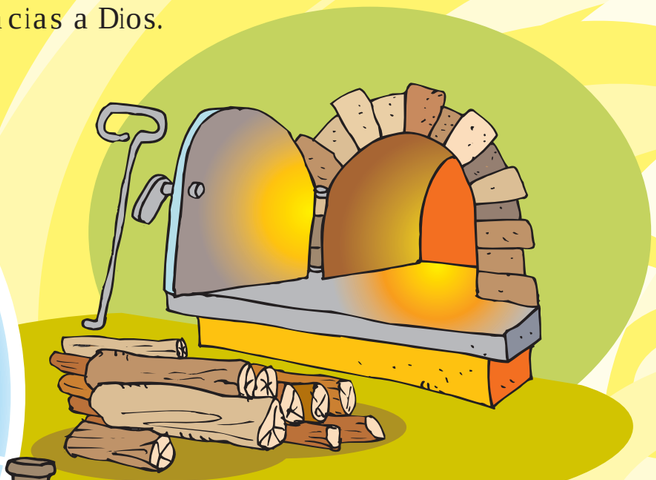
Un viejo alfarero, muy dedicado al trabajo, cierto día enfermó gravemente y comenzó a pasar enormes dificultades.
Los parientes, a quienes él más había ayudado, vivían en regiones distantes y parecían haber perdido la memoria...
Sin nadie que lo auxiliase, pasó a vivir de la caridad pública, mas, mientras mendigaba se cayó en la calle y se quebró una de sus piernas, razón por la cual tuvo que guardar cama por largo tiempo.



Llorando, amargado, oraba pidiendo a Dios algún consuelo para sus males.
Entonces, una noche, mientras dormía, soñó que un ángel se le aparecía y le traía una respuesta a su pedido.
El mensajero del Cielo lo condujo hasta el antiguo horno en donde él trabajaba y le mostró algunos de los hermosos vasos que él había hecho y le preguntó:
- ¿Cómo es que usted consiguió realizar trabajos como éstos, tan perfectos?
El alfarero, orgulloso de su obra, contestó:
- Usando el fuego con mucho cuidado y con mucho cariño, en el servicio de la perfección.
Algunos vasos volvieron al calor intenso dos o tres veces.



- ¿Y sin fuego usted realizaría su tarea? - indagó nuevamente el emisario.
- ¡Nunca! - respondió el anciano, seguro de su respuesta.
- Así también, - esclareció el ángel bondadoso - el sufrimiento y la lucha son llamas invisibles que Nuestro Padre Celestial creó para el embellecimiento de nuestras almas que, un día, serán vasos sublimes y perfectos para el servicio del Cielo.
En ese instante, el anciano enfermo despertó, comprendió la Voluntad Divina, y dio gracias a Dios.



El pequeño aborrecimiento

Un joven de buenas maneras, incapaz de ofender a los que buscaban su concurso amigo, meditaba siempre acerca de la Voluntad de Dios, y él estaba dispuesto a cumplirla.
Cierta vez, muy preocupado por el horario, veía que el pequeño autobús que lo llevaría hasta su lugar de trabajo se aproximaba. Tenía toda la intención de aprovecharlo, pues el viaje que le esperaba era largo. En ese mismo momento llegó un vecino, quien lo detuvo para conversar.

El muchacho consultaba su reloj, segundo a segundo, demostrando así la prisa que llevaba y su intención de abordar el autobús, mas el amigo, tomándolo del brazo, parecía no darse cuenta y le hablaba de un caso absolutamente sin importancia.

Contrariado por la insistencia de la conversación molesta e inútil, el joven escuchaba al compañero, por su espíritu de gentileza, cuando el vehículo ya partía sin él.

Algunos minutos después se supo una inquietante noticia.

Aquel ómnibus estaba siendo guiado por un conductor ebrio, quien hizo que el vehículo se precipitara por un despeñadero, haciéndose pedazos.

Oyendo con paciencia una plática que lo incomodaba, el mozo se salvó de un triste final.

El joven pensó acerca de lo ocurrido y llegó a la conclusión de que, muchas veces, la Voluntad Divina se manifiesta, a nuestro favor, en las pequeñas contrariedades del camino, ayudándonos a cumplir nuestros más simples deberes, y pasó a reflexionar, con más respeto y atención, sobre las circunstancias inesperadas que surgen, a nuestro alrededor, en el cumplimiento de nuestros deberes de cada día.

La alegría en el deber

Cuando Jesús estaba entre nosotros, recibió cierto día la visita del apóstol Juan, muy joven aún, quien le dijo estar obligado por su padre Zebedeo para hacer un viaje a un poblado próximo.
El muchacho se encontraba muy triste, pues era un día de paseo al monte. El Divino Amigo, sin dudar, lo exhortó a que cumpla con su deber.
Su padre necesitaba de su ayuda y no sería justo perjudicarlo.
Juan escuchó el consejo y ya no vaciló.

El trabajo le exigió cuatro días, pero fue realizado con éxito.
Los intereses del hogar fueron beneficiados, mas Zebedeo, el honesto y operoso anciano, se sintió muy afligido porque el muchacho regresó con el semblante contrariado.
El Maestro notó también su semblante sombrío y lo invitó a razonar, preguntándole:
- ¿Juan, cumpliste lo prometido?
- Sí - respondió el apóstol.
- ¿Atendiste a la voluntad de Dios, auxiliando a tu padre?
- Sí, - contestó el joven visiblemente contrariado - creo haber cumplido con todas mis obligaciones.

Jesús entretanto, sonriendo calmo, agregó:
- Entonces, aún te falta un deber que cumplir y es el de permanecer alegre por haber correspondido a la confianza del Cielo.
El compañero de la Buena Nueva meditó acerca de la lección y se puso contento.
La tranquilidad volvió al corazón y a la fisonomía del viejo Zebedeo. Y Juan comprendió que, en el cumplimiento de la Voluntad de Dios, no podemos ni debemos entristecer a nadie.

Reflexiones

Podemos discernir la Voluntad de Dios, en todas las situaciones:
En el sufrimiento, es la Paciencia.
En la perturbación, es la Serenidad.
Delante de la maldad, es el Bien que auxilia siempre.
Ante la sombra, es la Luz.
En el trabajo, es la Devoción al Deber.
En la amargura, es la Esperanza.
En el error, es la Corrección.
En la caída, es el volver a Levantarse.
En la lucha, es el Valor Moral.
En la tentación, es la Resistencia.
Junto a la discordia, es la Armonía.
Frente al odio, es el Amor.
En el ruido de la maledicencia, es el Silencio.
En la ofensa, es el Perdón Completo.
En la vida común, es la Bondad
en favor de todos.

Quien ayuda sin cesar,
cada hora, todo día,
está cumpliendo
la Voluntad de la
Eterna Sabiduría.

Danos hoy nuestro pan de cada día

El pan nuestro de cada día no es solamente el almuerzo y la cena, el desayuno y la merienda. Es también la idea y el sentimiento, la palabra y la acción.

Para que reine la salud con alegría, en torno nuestro, precisamos de nuestros alimentos, pero necesitamos también de paz y esperanza, de fe y valor moral.

Con nuestro modo de actuar, somos ejemplo para otros.

Conversando, distribuimos nuestros pensamientos.

Nuestros actos influyen sobre los que nos rodean, según nuestras intenciones.

Así también, los otros nos alimentan con sus actitudes.
Si estimamos las conversaciones deprimentes, si buscamos la lectura de naturaleza inferior, enseguida, sin darnos cuenta de eso, nos vemos alterados y perturbados.
Nuestras compañías hablan claramente de nosotros.
Nuestras lecturas revelan nuestro íntimo.

Busquemos, pues, el pan espiritual que nos garantice la armonía interior, que conserve nuestro carácter firme sobre las bases del bien, que nos guarde contra la maldad y que nos ayude a ser siempre ejemplos de comprensión y fraternidad.

En Jesús tenemos el pan que descendió del cielo.
Y, aún hoy, el Maestro continúa alimentando el pensamiento de la Humanidad, por intermedio de un libro: - El Evangelio Divino, en el cual Él nos enseña, a través de la bondad y del amor, el camino de nuestra felicidad para siempre.

La necesidad del esfuerzo

Se cuenta que, en el principio de la vida terrestre, el alimento de las criaturas era encontrado en todas partes como ofrecimiento de la Divina Providencia.
A cambio de tanta bondad, el Padre Celestial rogaba a los corazones más esfuerzo en el perfeccionamiento de la vida.
El pueblo, no obstante, observando que todo le venía de gracia, comenzó a menospreciar el trabajo.

El matorral inútil creció tanto que invadía las casas, donde toda la gente se ponía a comer y a dormir.
Nadie deseaba aprender a leer.
El herrumbre, la basura y el moho aparecían en todos los lugares.
Animales, como los perros que colaboran en la vigilancia, y aves, como los buitres que auxilian en las obras de limpieza, eran más serviciales que los hombres.
Viendo que nadie quería corresponder a la confianza divina, el Padre Celestial hizo retirar las facilidades existentes, determinando así que los habitantes de la Tierra se esforzasen en la conquista de su propia manutención.

Desde ese tiempo, el aire y el agua, el sol y las flores, la claridad de las estrellas y la luna continuaron en forma gratuita para el pueblo, mas el trabajo forzado de la alimentación pasó a ser como una ley para todos, porque, luchando para sustentarse, el hombre mejora la tierra, limpia la habitación, aprende a ser sabio y garantiza el progreso.

Dios da todo. El suelo, la lluvia, el calor, el viento, el abono y la orientación constituyen dádivas de Él a la Tierra que poblamos y que debemos hermosear; mas la preparación del pan de cada día, a través de nuestro propio sudor y de nuestra propia diligencia, es obligación común para todos nosotros, a fin de que no olvidemos nuestro divino deber de servir, incesantemente, en busca de la Perfección.

El ejemplo del árbol

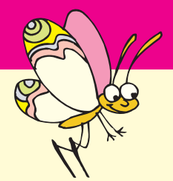
Dicen que cuando el primer árbol apareció en la Tierra, traía del Padre Celestial la recomendación de alimentar al hombre y de auxiliarlo, en nombre del Cielo, por todos los medios que le fuese posible.

Resuelto a cumplir la orden del Señor, cierto día fue visitado por un ladrón, un perseguido por la justicia.

Él sentía hambre y, por eso, le hurtó varios frutos.

Enseguida, taló muchos de sus gajos, haciendo con ellos una suave cama para descansar y restablecerse.

El árbol no se enfadó con el asalto. Parecía satisfecho en ayudarlo y hasta se mostraba interesado en adormecerlo, agitando armoniosamente sus hojas, tañidas por el viento.



Levantándose, fortalecido, el pobre hombre oyó las voces de quienes lo buscaban y, angustiado, sin saber qué rumbo tomar en la planicie desierta, notó que el noble vegetal, en silencio, como que lo invitaba a asilarse en sus ramas.
Inmediatamente, a la manera de un niño, el hombre escaló el tronco y se escondió en su abundante copa.
Los guardias no lo vieron y, desistiendo de encontrarlo, se retiraron para lugares distantes.

Fue entonces que el desventurado descendió, impresionado y conmovido, reparando que se hallaba frente a un humilde mensajero del Cielo.
Le robó sus frutos, le cortó los gajos y aún así le ofreció un seguro abrigo.
El infeliz hombre comenzó a meditar acerca del ejemplo del venerable árbol, enseñado por Dios para cooperar en la distribución del alimento de cada día en la Tierra. Reconoció en él a un verdadero emisario del Cielo, que sació su hambre y le dispensó maternal protección. Entonces, el hombre abandonó el mal en el que se había sumergido y pasó a ser otro.

El alimento espiritual

El profesor luchaba en la escuela con un gran problema. Los alumnos leían muchas historias de hombres malos, de robos, de crímenes y pasaron a vivir en plena insubordinación. Querían imitar a aventureros y malhechores, razón por la cual, en la escuela como en la casa se portaban pésimamente.

Algunos pronunciaban palabrotas, juzgándose bien educados, y otros, se entregaban a juegos de mal gusto, creyendo que así mostraban superioridad e inteligencia.

Se olvidaban de los buenos libros.

Se burlaban de los buenos consejos.

El profesor, en vista de eso, cierto día reunió a todos los alumnos de la escuela, para la merienda acostumbrada, y les presentó una sorpresa exquisita.
Los platos estaban llenos de cosas inapropiadas, tales como: panes envueltos en lodo, dulces con batatas podridas, pedazos de manzanas con tomates deteriorados, y jaleas mezcladas con hiel y pimienta.
Los niños indisciplinados gritaban por lo que veían, mas el viejo educador pidió silencio y tomando la palabra les dijo:
- Mis hijos, si nuestro cuerpo necesita para su beneficio alimento puro, nuestra alma también necesita de alimento sano. El pan garantiza nuestra energía física, mas la buena lectura es la fuente de nuestra vida espiritual.

Los malos libros, las historias de difamaciones, reportajes infelices y actos criminales son como sustancias inapropiadas que absorbemos, envenenando así nuestra mente y perjudicando nuestra conducta. Si gustamos de las comidas sabrosas que auxilian la conservación de nuestra salud, busquemos también las páginas que cooperan en la defensa de nuestra armonía interior, a fin de nunca huir del procedimiento correcto.
Con esa prédica, la hora de la merienda fue cerrada.
Los alumnos se retiraron cabizbajos.
Y, poco a poco, la vida de esos niños se fue rectificando y cambiando así para mejor.

Notas

Existe la salud del cuerpo y la salud del alma. Ambas deben estar juntas.

Dios nos concede mil recursos cada día, para alimentar el espíritu con las mejores emociones.

Separemos los pensamientos buenos de los malos.

Auxilia la producción útil de la naturaleza y estarás cooperando con la Providencia Divina.

Cede al prójimo el pan que sobra en tu mesa y el Señor te enriquecerá de buen ánimo y alegría.

Atendiendo a los mandatos de Dios, la tierra gasta millones de vidas, cada día, a fin de sustentarnos.

Hablar mal de los otros, en vez de ayudarlos, es lo mismo que envolver nuestro sentimiento con lodo invisible, en vez de hacerlo brillar.

Los frutos que te deleitan son los resultados del esfuerzo de aquellos que pasaron por el mundo antes que tú. Prepara la siembra de ahora para los que vendrán en el futuro.

Planta un árbol amigo y ayudarás a los que te ayudan.

Quien lanza palabras
de amor y consolación,
esparce por toda la Tierra
los dones del Divino Pan.

Perdona nuestras ofensas,
así como nosotros
perdonamos
a los que nos ofenden

Cuando pronunciamos las palabras “perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, no sólo estamos esperando beneficios para nuestro corazón y para nuestra conciencia, sino estamos igualmente asumiendo el compromiso de disculpar a los que nos ofenden. Todos tendemos a observar con evasivas los grandes defectos que existen en nosotros, reprobando, entretanto, sin ningún examen, las pequeñas faltas ajenas.

Por eso mismo, Jesús, enseñándonos a orar, nos recomendó olvidar cualquier amargura que alguien nos haya causado.
Si no damos reposo a la mente del prójimo, ¿cómo podremos esperar el descanso para nuestros pensamientos?
¿Será justo conservar todo el pan, en nuestra casa, dejando que el hambre aniquile la residencia del vecino?
La paz es también alimento del alma y, si deseamos tranquilidad para nosotros, no nos olvidemos del entendimiento y de la armonía que les debemos a los demás.

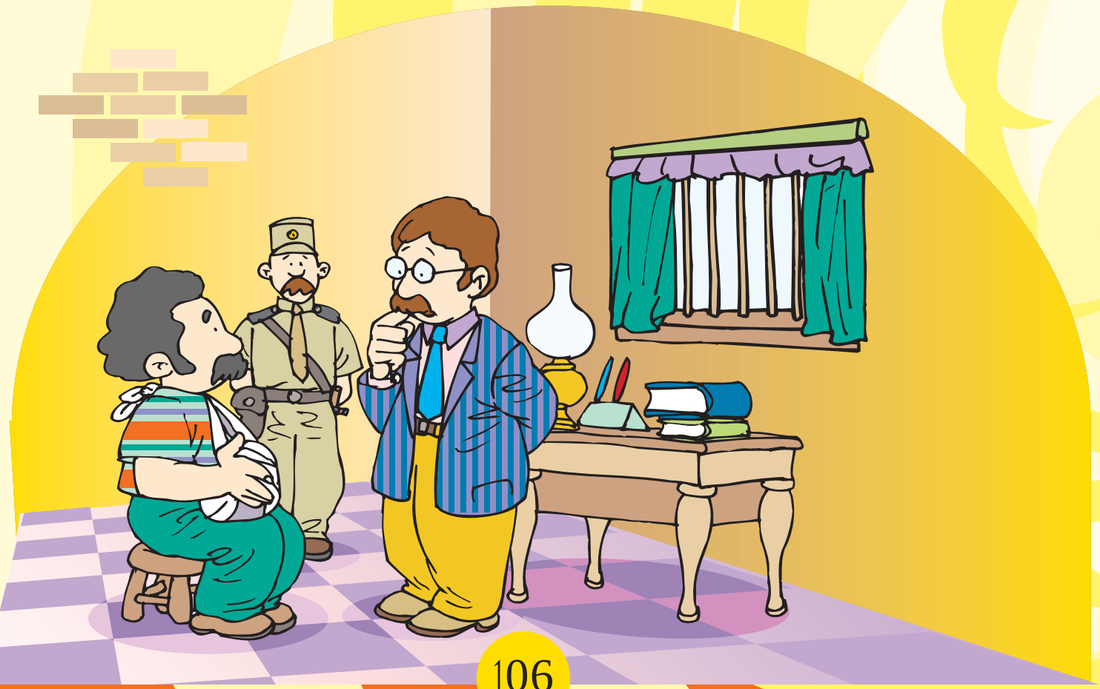
Cuando pedimos la tolerancia del Padre Celestial en favor nuestro, recordemos también ayudar a los otros con nuestra tolerancia.
Auxiliemos siempre.
Si el Señor puede soportarnos y perdonarnos, concediéndonos constantemente nuevas y benditas oportunidades de rectificación, aprendamos, igualmente, a esparcir la comprensión y el amor en beneficio de todos aquellos que nos rodean.

El perdón justo

En cierta ciudad europea, un hombre ignorante, considerado malhechor, fue condenado a la muerte en la horca.
El juez fue severo en el juicio. Afirmaba que el infeliz era un gran criminal y sólo la última pena podía solucionar su situación.
Algunos días antes del ahorcamiento, el magistrado visitó la cárcel, en compañía de uno de sus hijos, un joven alegre y de buen corazón, quien aproximándose a un viejo soldado se puso a examinar el arma de fuego que éste traía.

Sin que el muchacho pudiese reflexionar sobre el peligro del objeto que giraba en sus manos, un tiro rápido escapó y, ante el espanto de todos, la bala disparada se alojó en uno de los brazos del condenado a muerte, quien había estado observando la escena, tranquilamente, detrás de las rejas.
Bañado en sangre, fue socorrido por el juez y ante tal circunstancia, como las palabras del magistrado fueron duras y crueles para con su hijo irreflexivo, el prisionero recordó las enseñanzas de Jesús, se arrodilló a los pies del ilustre visitante y le suplicó disculpas para el muchacho que estaba en lágrimas, afirmando que el joven no tuvo siquiera la más mínima intención de herirlo.

El juez se dio cuenta de la profunda sinceridad del pedido y, en silencio, notó que el condenado era portador de un noble corazón y de una inefable bondad.
Al día siguiente, promovió medidas para la revisión del proceso que le correspondía y, en poco tiempo, la pena de muerte era conmutada por solamente algunos meses de prisión.
Perdonando al joven que lo hiriera, el prisionero encontró el perdón justo para sus faltas, consiguiendo, de ese modo, comenzar nuevamente la vida, en bases más sólidas, de paz, confianza, trabajo y alegría.



El efecto de la Cólera

Un viejo judío, con el alma torturada por pesados remordimientos, llegó, cierto día, a los pies de Jesús y le confesó sus pecados.
Valiéndose de la autoridad que él se había atribuido en el pasado, había despojado a varios amigos de sus tierras y bienes, dejándolos en la ruina total y reduciendo a sus familias a un doloroso cautiverio. Con maldad premeditada, sembró en muchos corazones la desesperanza, la aflicción y la muerte.
Se hallaba, de ese modo, enfermo, afligido y perturbado... Los médicos no le solucionaban los problemas, cuyas raíces se perdían en los profundos laberintos de la conciencia herida.

Pero, el Maestro Divino, allí mismo, en la casa de Simón Pedro, donde se encontraba, oró por el enfermo y enseguida le dijo:

- Ve en paz y no peques más.

El anciano notó que una onda de vida nueva le penetraba en el cuerpo, se sintió curado y salió dando gracias a Dios.

Parecía plenamente feliz cuando, al atravesar la extensa fila de los sufridores que esperaban por Cristo, un pobre mendigo, sin querer, le pisó uno de los callos que traía en los pies.

El enfermo restaurado soltó un grito terrible y atacó al mendigo a bastonazos.

Hubo un gran tumulto.

Jesús vino a la calle para apaciguar los ánimos.

Contemplando a la víctima en sangre, se acercó al ofensor y le habló diciendo:

- Después de recibir el perdón, en nombre de Dios, por tantas faltas, ¿no pudiste disculpar el ligero descuido de un compañero más desventurado que tú?

El viejo judío, ahora muy pálido, puso las manos sobre el pecho y gritó a Cristo:

- ¡Maestro, socórreme!... Me siento desfallecer de nuevo... ¿Qué será esto?

Mas, Jesús, muy triste, apenas respondió:

- Eso, mi hermano, es el odio y la cólera que otra vez llamaste a tu propio corazón.

Y, aún en estos días, eso le sucede a muchos que, por falta de paciencia y de amor, adquieren amargura, perturbación y enfermedad.

Madrecita

Cuando el Padre Celestial necesitó ubicar en la Tierra a los primeros niños, llegó a la conclusión de que debía llamar a alguien que supiese perdonar infinitamente.
Alguien que no mirara con disimulo el mal.
Que quisiese ayudar sin exigir pago.
Que se dispusiese a cuidar a los niños, con paciencia y ternura, junto a su corazón.
Que tuviese bastante serenidad para repetir incesantemente las pequeñas lecciones de cada día.
Que pudiese velar, noches y noches, sin reclamar.
Que cantase, bajito, para adormecer a los bebés que aún no pueden conversar.
Que permaneciese en casa, por amor, amparando a los niños que aún no pueden salir a la calle.
Que contase muchas historias sobre la vida y sobre el mundo.
Que abrazase y besase a los niños enfermos.
Que les enseñase a dar los primeros pasos, dando confianza al cuerpo para ponerse de pie.
Que los condujera a la escuela, con el fin de aprender a leer.

Dicen que nuestro Padre del Cielo permaneció mucho tiempo examinando, examinando... y, enseguida, llamó a la Mujer, le dio el título de Madrecita y le confió a los niños.
Por ese motivo, nuestra Madrecita es la representante del Amor Divino en el mundo, enseñándonos ella la ciencia del perdón y del cariño, en todos los instantes de nuestra jornada en la tierra. Si pudiéramos imitarla en los ejemplos de bondad y sacrificio que constantemente nos ofrece, ciertamente seríamos en la vida preciosos auxiliares de Dios.

El Silencio

El silencio ayuda siempre:

- Cuando oímos palabras infelices.
- Cuando alguien está irritado.
- Cuando la maledicencia nos busca.
- Cuando la ofensa nos golpea.
- Cuando alguien se encoleriza.
- Cuando la crítica nos hiere.
- Cuando escuchamos la calumnia.
- Cuando la ignorancia nos acusa.
- Cuando el orgullo nos humilla.
- Cuando la vanidad nos provoca.

El silencio es la gentileza
del perdón que se calla y
espera el tiempo.

EL PERDÓN
El perdón, en cualquier tiempo, es siempre un trazo de luz que conduce nuestra vida a la comunión con Jesús.

No nos dejes caer en tentación

La Bondad Infinita de Dios no permitirá que vayamos a caer en tentación, mas, para eso, es necesario que nos esforcemos, colaborando, de algún modo, con la ayuda incesante que nos brinda Nuestro Padre.

Hay leyes organizadas para beneficio de todos, pero, si no las respetamos, ¿cómo podríamos contar con la protección de ellas, a nuestro favor?

Sabemos que el fuego destruye, por eso mismo, no debemos abusar de él.

No podemos rogar el socorro divino para la imprudencia que se repite todos los días.

Si un hombre estima la pereza, no atraerá las bendiciones que ayudan a los cultivadores del trabajo.
Si una persona vive lanzando improperios a la cara de los otros, ¿cómo esperaría sonrisas en la faz ajena?
Es indiscutible que la providencia divina nos ayudará constantemente, librándonos del mal; así también, espera encontrar en nosotros los valores de la buena voluntad.

No ignoramos que el Padre Celestial está siempre con nosotros, pero, muchas veces, somos nosotros quienes nos alejamos de Nuestro Creador.
Para que no vengamos a sucumbir bajo los golpes de las tentaciones, es indispensable que sepamos buscar el bien, cultivándolo sin cesar.
No hay cosecha sin plantación.
Ciertamente, debemos esperar que Dios nos conceda "mucho" de su amor, pero no olvidemos que es preciso dar "alguna cosa" de nuestro esfuerzo.

la tentación

El problema de la Tentación

El educador, en el aula, intentaba explicar a los niños que el móvil de las tentaciones reside en nosotros mismos; sin embargo, como los aprendices mostraban mucha dificultad para comprender, él se hizo acompañar por los alumnos hasta el gran patio del colegio.

Llegando allí, hizo traer una bella mazorca de maíz y preguntó a los chiquillos:

- ¿Quién de ustedes desearía devorar esta mazorca tal como está?

Los jóvenes sonrieron burlonamente y uno de ellos exclamó:

- Vean... ¿quién se animaría a comer una mazorca de maíz cruda?

El profesor entonces mandó a traer en presencia de ellos, uno de los caballos que servía en la escuela; hizo poner algunos obstáculos frente al animal y colocó la mazorca a disposición de él, sobre una pequeña mesa.

El gran equino saltó alegre sobre los impedimentos y avanzó, goloso, hacia el bocado.

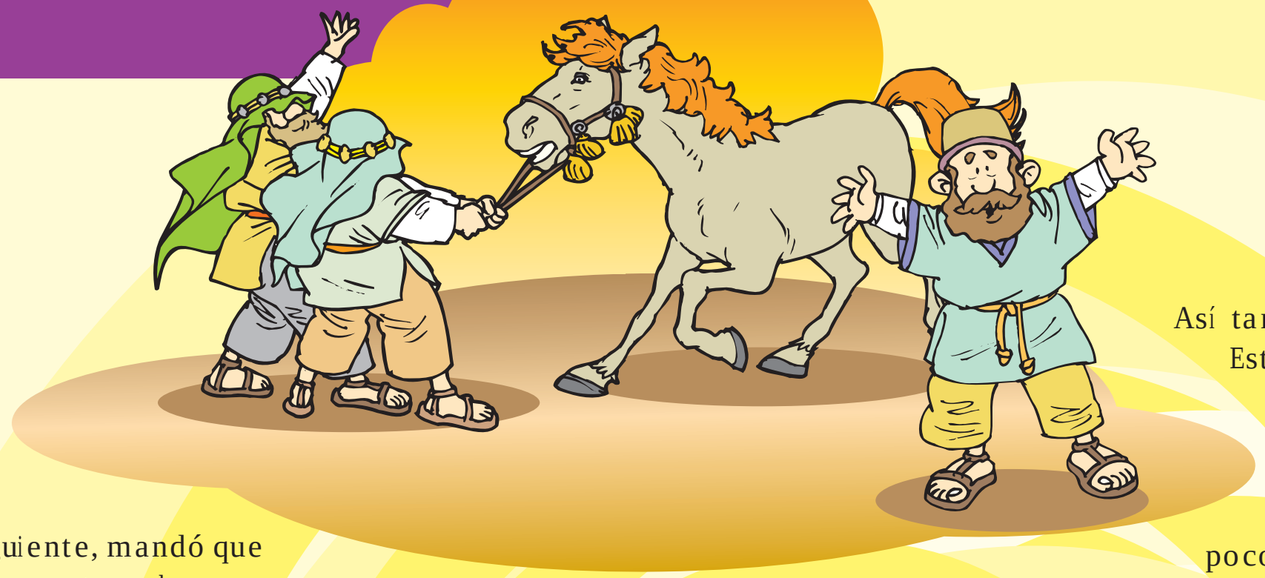
Entonces, el profesor, benevolente y amigo, esclareció bondadosamente ante los alumnos sorprendidos:

- La tentación nos busca, según los sentimientos que traemos en el campo íntimo. Cuando cedemos a alguna fascinación indigna es que nuestra voluntad permanece débil delante de nuestros deseos inferiores.

Las fuerzas que nos tientan corresponden a nuestros propios impulsos. No podemos imaginar o querer aquello que desconocemos. Por ese motivo, necesitamos vigilar el cerebro y el corazón, a fin de seleccionar las sugestiones que nos visitan el pensamiento.
Y, terminando, afirmó:
- Las situaciones buenas o malas, fuera de nosotros, son iguales a los propósitos buenos o malos que traemos con nosotros.

La necesidad de la Educación

En el tiempo en que no existía locomoción fácil en la tierra, un gran rey simpatizó con un fogoso caballo de colores claros, de la cría de su casa; mas, al desearlo para los servicios de palacio, fue informado así por el jefe de las caballerizas:
- Majestad, este animal es víctima de muchas tentaciones. Basta que se mueva un poco, para asustarse y ocasionar desastres. Una simple hoja seca en el camino es razón para que dé innumerables coces.
El rey oyó, atento, y afirmó que remediaría la situación.



Al día siguiente, mandó que el caballo arrastrase la enorme carroza de limpieza; el animal se vio tan preso que no pudo hacer otros movimientos, mas allá de los necesarios. Después de algunas semanas, el monarca determinó que el caballo hiciese el duro servicio de los burros, que era el de transportar cargas pesadísimas. Al principio, el animal se rebelaba, coceando al aire y relinchando fuertemente; entretanto, los peones le gritaban y le daban latigazos, y también tantos fardos soportó que, al fin de algún tiempo, se convirtió en modelo de mansedumbre y blandura. Entonces, con gran alegría para el soberano, fue colocado en el servicio real.

Así también sucede con nosotros en la vida. Estamos destinados al trabajo de la Voluntad de Dios, pero si vivimos entregados a las tentaciones del mal, desobedientes y egoistas, el Señor determina que seamos confiados a la lucha y a la prueba, a la dificultad y al sufrimiento, los cuales, poco a poco, nos enseñan la humildad y el respeto, la diligencia y la dulzura.
Después de pasar por los variados procesos de educación, indispensables para nuestro perfeccionamiento, seremos aprovechados, con éxito y seguridad, en los servicios generales de la Bondad de Dios, junto a nuestros hermanos.

La tentación del reposo

En un campo de labor, una gran cantidad de gusanos deseaban destruir un viejo arado de madera, muy trabajador, el cual les molestaba para llevar a cabo sus planes y, por esa razón, en cierta ocasión se reunieron alrededor de él y comenzaron a decir:

- ¿Por qué no cuidas de ti? Estás enfermo y cansado...
- Al final, todos nosotros precisamos de algún reposo...
- ¡Libérate del yugo terrible del labrador!
- ¡Pobre apero! ¡A cuántos martirios te sometes!...

El arado escuchó... escuchó... y acabó creyendo.

Él, que era tan valiente, que no sentía la más leve incomodidad en las más duras obligaciones, comenzó a quejarse del frío, de la lluvia, del calor del sol, de la aspereza de las piedras y de la humedad del suelo.

Tanto clamó y lloró, implorando descanso, que su antiguo compañero le concedió algunos días de reposo a un costado del maizal.

Cuando los gusanos lo vieron parado, se aproximaron en masa para atacarlo sin compasión.

En pocos días, lo pudrieron, llenándolo de manchas, de heridas y de huecos.

El arado gemía y suspiraba por el socorro del labrador, soñando con el regreso a las tareas alegres e iluminadas del campo.
Pero, era tarde.
Cuando el servicial amigo volvió para utilizarlo, era ya simplemente un trasto inútil.
La historia del arado es un aviso para todos nosotros.
La tentación de reposo es una de las más peligrosas porque, después de la ignorancia, la pereza es la fuente obscura de todos los males.
Jamás olvidemos que el trabajo es el don divino que Dios nos confió para la defensa de nuestra alegría y para la conservación de nuestra propia salud.

La Bendición del Trabajo

Es por la bendición del trabajo que podemos olvidar los pensamientos que nos perturban, olvidar los asuntos amargos, sirviendo al prójimo para nuestro propio enriquecimiento.
Con el trabajo, mejoramos nuestra casa y engrandecemos el trecho de tierra donde la Providencia Divina nos situó.
Ocupando la mente, el corazón y los brazos en las tareas del bien, ejemplificamos la verdadera fraternidad y adquirimos el tesoro de la simpatía, con el cual atraemos el respeto y la cooperación de los otros.
Quien no sabe ser útil no corresponde a la Bondad del Cielo, no atiende a sus justos deberes para con la Humanidad ni retribuye la dignidad de la patria amorosa que le sirve de Madre.
El trabajo es una institución de Dios.

SENDA DE PERFECCIÓN
Quien mueve las manos en el servicio, huye a la tiniebla y a la tentación.
Trabajo de cada día es senda de perfección.

Líbranos del mal,
porque tuyo es el reino,

el poder y la gloria
para siempre.

Así sea.

El Señor nos librará del mal; entretanto, es preciso que deseemos no errar.

¿Qué decir de un hombre que pide socorro contra el incendio, lanzando gasolina a la hoguera?

El reino de la vida, con todas sus notas de grandeza, pertenece a Dios.

Todo el poder y toda la gloria del Universo, todos los recursos y todas las posibilidades de la existencia son de la Providencia Divina, mas, en nuestro círculo de acción, la voluntad es nuestra.

Si no unimos nuestros deseos a la Ley del Bien, que procede del cielo, representando para nosotros la Voluntad Paterna de Nuestro Padre Celestial, no podemos aguardar armonía y contentamiento para nuestros corazones.

En la sombras del egoísmo, estaremos solitos, afligidos, perturbados y desalentados, porque egoísmo quiere decir felicidad solamente para nosotros, contra la felicidad de los otros.

Dios permitió que la bondad sea un patrimonio propiamente nuestro, a fin de que podamos adquirir la libertad y la grandeza, el amor y la sabiduría, por nosotros mismos, como hijos de su infinita bondad.

Por eso, si somos esclavos de nuestras creaciones que, a veces, gastamos mucho tiempo en ratificar, continuamos siempre libres para desear e imaginar. Y sabemos que cualquier servicio o realización comienza en nuestros sentimientos y pensamientos.

Sepamos, de ese modo, conservar nuestra voluntad a la luz de la conciencia recta, porque rogando a Dios que nos libere del mal, es preciso, por nuestra parte, buscar el camino del bien.

El ejemplo de la fuente

Un estudiante de la sabiduría, pidiendo a su instructor que le explicase cuál sería la mejor manera de librarse del mal, fue conducido por éste hasta una fuente que se deslizaba, calma y cristalina, y, siguiéndole el curso, le dijo:

- Observa el ejemplo de la fuente, que auxilia a todos sin preguntar y que nunca se detiene hasta alcanzar la gran comunión con el océano. Junto a ella crecen plantas de toda clase y en sus aguas calman la sed animales de todos los tipos y tamaños.

Mientras seguían caminando, un pequeño lanzó dos piedras a la corriente y las aguas las engulleron en silencio, prosiguiendo adelante.

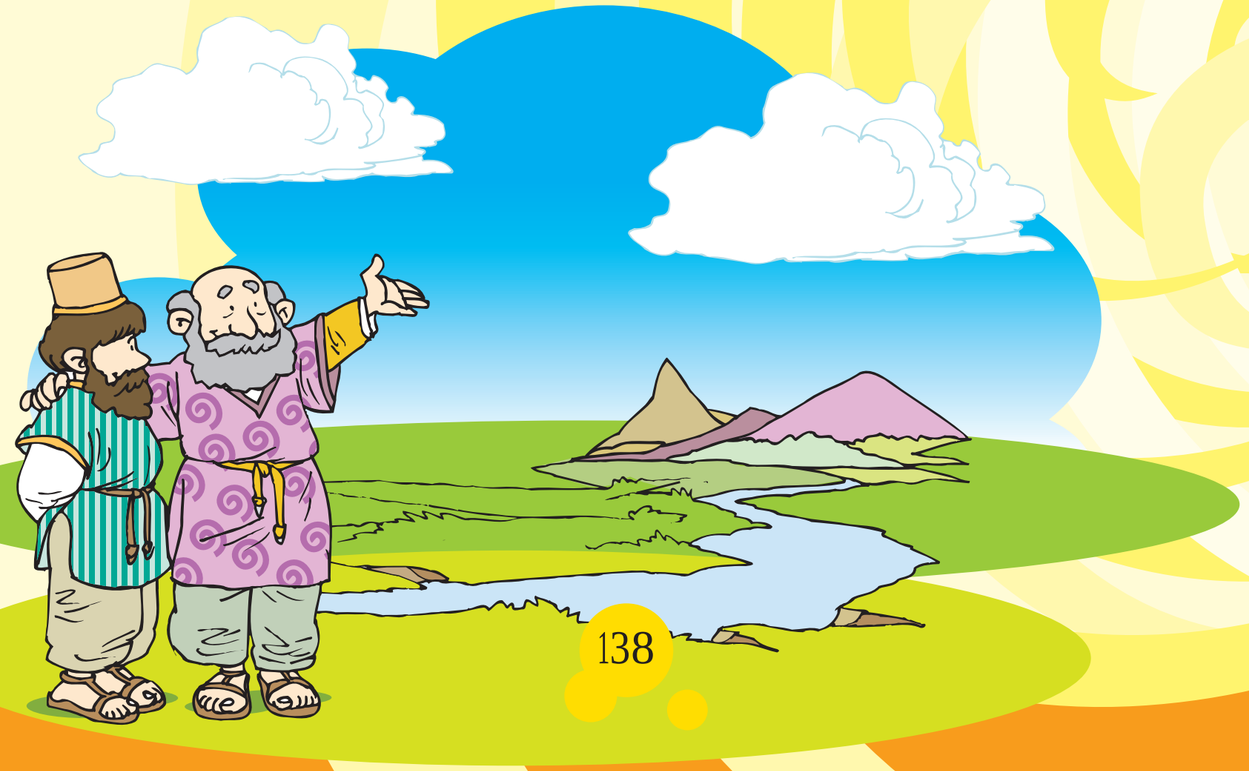
- ¿Lo ves? - dijo el mentor amigo - la fuente no se sublevó contra las pedradas. Las recibió con paciencia y siguió trabajando.

Más adelante, vieron un grueso canal de desagüe arrojando desechos en el cuerpo albo de las aguas, pero la corriente absorbía el lodo oscuro sin reclamaciones y avanzaba siempre. El profesor comentó al aprendiz:

- La fuente no se rebela contra el lodo que le lanza a la faz. Lo recoge sin gritos y lo transforma en beneficios para la tierra necesitada de abono.

Más adelante aún, notaron que, mientras las golondrinas se bañaban alegres, feos sapos penetraban también a la corriente y parecían felices en alegres inmersiones. Las aguas amparaban a todos, sin la más mínima queja.

El bondadoso mentor señalando el lindo cuadro al discípulo, concluyó diciendo:
- Conociendo el ejemplo de la fuente aprenderemos a liberarnos de cualquier cautiverio, porque, en verdad, sólo aquellos que marchan hacia adelante, con el trabajo que Dios les confía, sin ligarse a las sugestiones del mal, consiguen vencer dignamente en la vida, garantizando, en favor de todos, las alegrías del Bien Eterno.



La historia del Libro

El mundo vivía en grandes perturbaciones.
Las criaturas andaban empeñadas en constantes conflictos, se asemejaban a los animales feroces, en cuanto a las luchas violentas.
Las enseñanzas de los hombres buenos, prudentes y sabios, eran rápidamente olvidadas porque, después de la muerte de ellos, nadie más les recordaba las palabras orientadoras y de consejo.
La ciencia comenzaba gracias al esfuerzo de algunas personas dedicadas al desarrollo de la inteligencia; aunque, rápidamente desaparecía por la falta de continuidad. Era imposible proseguir con todo aquello que era loable, sin la presencia de los iniciadores.

Por eso, el pueblo, era como si anduviese sin luz, recaía siempre en los grandes errores, dominado por la ignorancia y por la miseria.

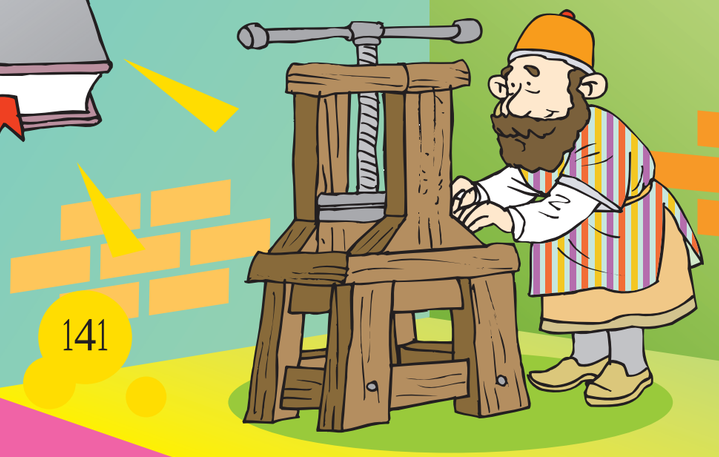
Fue entonces que el Señor, compadeciéndose de los hombres, les envió un tesoro de inapreciable importancia, con el cual se podían dirigir hacia el verdadero progreso.

Ese tesoro era el libro. Con él, apareció la escuela; con la escuela, la educación fue consolidada en la Tierra; y con la educación, el pueblo comenzó a librarse del mal, conscientemente.

Muchos hombres con el cerebro desencaminado escriben malos libros, inclinando el alma del mundo a la desesperación y a la ironía, al desánimo y a la crueldad, mas, las páginas de esa naturaleza son rápidamente olvidadas, porque el libro es realmente una dádiva de Dios a la Humanidad, para que los grandes instructores puedan clarear nuestro camino, conversando con nosotros, por encima de los siglos y de las civilizaciones.

Es por el libro que recibimos la enseñanza y la orientación, el reajuste mental y la renovación interior.

Difícilmente podríamos conquistar la felicidad, sin la buena lectura. El propio Jesús, a fin de permanecer con nosotros, nos legó el Evangelio de Amor, que es, sin duda, el Libro Divino en cuyas lecciones podemos encontrar la liberación de todo mal.



La salvación inesperada

Una tarde muy lluviosa, en un país europeo, un maquinista, lleno de fe en Dios, cuando comenzó a accionar la locomotora con el tren repleto de pasajeros para un largo viaje, miró el cielo oscuro y repitió, con mucho sentimiento, la oración dominical.
El convoy recorrió leguas y leguas, dentro de las tinieblas densas cuando, en alta noche, el maquinista vio a la luz del farol encendido algunas señales que le parecieron hechas por la sombra de dos brazos angustiados, pidiéndole atención y socorro.

Sorprendido y emocionado, hizo parar de repente el tren y bajó, seguido por muchos viajeros, corrieron por los caminos de hierro, para verificar si estaban amenazados por algún peligro.
Después de algunos pasos, fueron sorprendidos por una gigantesca inundación que invadía la tierra con violencia, destruyendo el puente que el convoy debía atravesar.
El tren fue salvado milagrosamente.

Llenos de infinita alegría, el maquinista y los viajeros, buscaron a la persona que había suministrado el aviso salvador, pero nadie aparecía. Intrigados, continuaron la búsqueda, cuando encontraron en el suelo a un gran murciélago que agonizaba. El enorme volador había batido sus alas frente al farol, en forma de dos brazos agitados, y luego, cayó bajo los engranajes del tren. El maquinista lo retiró con cuidado y cariño, mostró a los pasajeros asombrados y les contó cómo él había orado ardientemente invocando la protección de Dios, antes de partir. Y, allí mismo, se arrodilló ante el murciélago que acababa de morir, exclamando en voz alta:

- Padre Nuestro, que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo; danos hoy el pan nuestro de cada día, perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, no nos dejes caer en tentación y líbranos del mal, porque tuyo es el reino, el poder y la gloria para siempre. Así sea.

Cuando acabó de orar, gran quietud reinaba en el paisaje.

Todos los pasajeros, creyentes e incrédulos, estaban también arrodillados, repitiendo la oración con amoroso respeto. Algunos lloraban de emoción y reconocimiento, agradeciendo al Padre Celestial, quien les salvara la vida por intermedio de un animal que infunde tanto pavor a las criaturas humanas. Y hasta la lluvia dejó de caer, como si el cielo silencioso, estuviese igualmente acompañando la sublime oración.

Oración

Señor, enséñanos a ofrecerte el corazón puro y el pensamiento elevado en la oración.
Ayúdanos a pedir, en Tu Nombre, para que la fuerza de nuestros deseos no perturbe la ejecución de tus designios.
Ampáranos, a fin de que nuestro sentimiento se armonice con tu voluntad y que podamos, cada día, ser instrumentos vivos y trabajadores de la paz y del amor, del perfeccionamiento y de la alegría, de acuerdo con tu Ley.
Así sea.

Impreso en el mes de abril de 2004
en los talleres de Artes Gráficas Aramí.
Asunción - Paraguay
Mercosur